

Salvador Anaya

¿QUÉ ES EL ALMA?



SENDEROS



Biblioteca de Conceptos
Fundamentales

4

Director:

Juan Arana

© Salvador Anaya

© Editorial Senderos (2021)

ISBN: 978-84-122414-9-5

DL: SE-2.050-2021

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio

DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS

C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7

41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

PARA
REGLA Y MARÍA DEL CARMEN,
POR TODO LO QUE APRENDÍ
DE ELLAS Y CON ELLAS.

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	II
<i>CAPÍTULO I: ¿EXISTE EL ALMA?</i>	21
1. El alma en el cristianismo y en la filosofía occidental	23
2. La ciencia sin alma	30
3. El alma como principio de vida	34
4. El alma como forma del cuerpo	37
5. El alma como sujeto consciente	43
6. Controversias de la teoría naturalista	48
6.1. ¿Existe la mente inconsciente?	53
6.2. El no-yo del naturalismo	58
<i>CAPÍTULO II: ¿QUÉ ES ALMA?</i>	67
1. La naturaleza humana	67
2. La «naturaleza» del alma	75
3. Alma y espíritu	78
4. El alma «antes» del cuerpo: el espíritu	84
4.1. La conciencia: el yo	87
4.2. Autoconciencia	90
4.3. Las facultades espirituales	97
5. El alma corporeizada	99
<i>CAPÍTULO III: EL ALMA DESENCARNADA</i>	111
1. Neuroteología	117
2. Los exorcistas	123
3. La vida mental después de la vida	133
4. Intermittencia de la conciencia	139

<i>CAPÍTULO IV: LA RETRIBUCIÓN POST MORTEM: BIEN Y</i>	
MAL ONTOLÓGICOS	145
1. El Bien con mayúsculas	149
1.1. Teoría naturalista de los sentimientos	151
1.2. El bien de la vida	154
1.3. El ego-ísmo	156
1.4. La fuente oculta: los valores espirituales	160
1.5. El amor: el Bien con mayúsculas	165
2. El Mal ontológico	168
3. La justicia <i>post mortem</i>	171
3.1. La transformación del alma	172
3.2. La retribución después de la muerte	178
3.3. La figura y el «peso» del alma	182
<i>EPÍLOGO</i>	191
<i>BIBLIOGRAFÍA CITADA</i>	195

INTRODUCCIÓN

ESTE libro forma parte de una colección que se centra en un solo concepto de interés científico o filosófico dedicado al público no especializado. En este caso el alma, un término un tanto peculiar ya que podemos tener ideas muy distintas de qué es la vida, la materia o el universo, pero nadie duda que se refieren a cosas reales, en cambio, la existencia del alma se considera una creencia. Pero no se trata de creer en los duendes o en los marcianos, ni de rebuscar en el bosque, en las montañas o en otro planeta, sino de algo que tenemos, o mejor: el alma es algo que somos. Por eso, aunque se considere una creencia, es de una importancia existencial extraordinaria ya que ha determinado la forma en que el ser humano se ha entendido siempre a sí mismo, su vida y el mundo que le rodea, y ha tenido y sigue teniendo unas repercusiones personales y sociales muy importantes, sobre todo por la posibilidad de que aquellos amigos y familiares tan queridos que nos dejaron estén todavía «vivos» en algún sitio, y que nosotros corramos la misma suerte.

La historia de la humanidad ha sido contada tradicionalmente en clave religiosa y la creencia en el alma ha predominado en el imaginario colectivo de muchas generaciones. Las religiones han servido de base social, cultural y familiar, han marcado el compás ético y han supuesto un importante elemento de cohesión. Así que los creyentes tienen a su favor la historia, y si fuera por estadísticas la carga de la prueba habría que exigírsela a quienes nie-

gan la existencia del alma. Si siempre se ha creído en algo importante y ahora hay quienes aseguran que se trata de una creencia falsa, por respeto, qué menos que tengan la cortesía de dejar claros los motivos y las razones para tener que cambiar de opinión. En ese sentido es recurrente que quienes no creen en el alma aleguen que la religión ha estado muy ligada al poder como para permitir competencias, pero después de varios siglos de emancipación y de librepensamiento las cosas han caído por su peso, ya que el desarrollo científico ha dictado sentencia y ha condenado al alma al museo de curiosas antigüedades.

En el mundo occidental durante muchos siglos la autoridad en el conocimiento del origen del mundo y del ser humano, y a falta de otras alternativas, fue el *Génesis* bíblico, pero desde Darwin se sabe que Dios no creó a las especies por separado y que el ser humano es un eslabón más de la cadena de la vida. La ciencia ha ido paulatinamente demostrando que mucho de lo que cuenta la Biblia sobre historia natural no son sino metáforas o historias populares de poca credibilidad real. La religión ha ido perdiendo pujanza social a medida que la ciencia la ganaba, y en los círculos académicos, y para buena parte de la sociedad, es la única fuente fiable de conocimientos. Y se lo ha ganado porque además de que nos ha hecho la vida más cómoda, más entretenida y más larga, ha encontrado certezas donde antes solo había intuiciones.

No son pocas las voces y los motivos que en Occidente han ido erosionando la credibilidad de la religión, las estadísticas muestran que es menos probable encontrar creyentes entre los más instruidos, pero también hay mucho de política, no es casualidad que el número de ateos crezca a medida que nos aproximamos a la izquierda. En toda esta historia, y para lo que nos interesa, la damnificada ha

sido la creencia en el alma, que tiene vetada la entrada en las universidades. Pero no del todo, porque todavía, aunque no sea de dominio público, el discurso sobre el alma sigue siendo actual en las facultades de filosofía, donde la discusión puede plantearse al margen de cualquier credo religioso y en diálogo permanente con la ciencia, pues, aunque es un concepto al que se le ha dado nombres y significados distintos, puede concretarse en dos ideas fundamentales que en principio pueden plantearse a la luz de los conocimientos científicos actuales:

—el alma como vida o principio de vida,

—el alma como sujeto de conocimientos o yo consciente.

El alma como principio de vida es una creencia que viene a dar una explicación lógica a la diferencia entre lo vivo y lo inerte: las piedras no tienen vida porque no tienen alma. El alma como sujeto cognoscente se sustenta en el hecho de que los animales conocen lo sensible, en cambio, el ser humano también conoce lo universal; no este árbol sino la idea de árbol, el concepto; en filosofía se dice las *formas* inmateriales de las cosas. El conocimiento intelectual se ha considerado una operación o facultad que no es material y que denota la existencia y la espiritualidad del alma humana. El alma es la que da vida al cuerpo y la responsable del conocimiento intelectual, así se ha entendido mayoritariamente en la tradición filosófica occidental, de corte cristiano, pero en el siglo XVII Descartes entenderá que el cuerpo no necesita del alma porque funciona como una máquina y la limitó al pensamiento, a la conciencia, inaugurando la idea moderna de alma como sujeto o yo consciente.

El debate sobre el alma planteado como una disputa entre ciencia y religión puede ser un diálogo entre sordos,

pero filosóficamente puede limitarse a la vida y a la conciencia, que en principio admiten un tratamiento científico, de modo que para refutar la creencia en el alma no habría más que justificar experimentalmente que la materia se bastó a sí misma para que dadas unas condiciones especiales apareciera la vida, se desarrollara y se organizara como lo hace, y que la evolución y complejización del sistema nervioso es la única causa de la mente y de la autoexperiencia de ser un yo consciente.

Dialogar con la ciencia no es una opción sino una obligación, pues para que se dé credibilidad a la filosofía debe fundamentarse en la experiencia, y cuál mejor que la que nos proporcionan los científicos. Ahora bien, el filósofo debe estar muy al día de todo lo que la ciencia aporta para conocer la realidad y la naturaleza humana, pero no debe conformarse con interpretaciones más o menos parciales de los datos que proporciona, y debe saber distinguir cuándo se trata de hechos comprobados experimentalmente y cuándo de mera especulación. Y lo primero que debemos tener en cuenta es que la ciencia que primero se desarrolló fue la física, que partía de la base de que toda la realidad se podría explicar según nociones como masa, movimiento, fuerza, velocidad o aceleración, donde prima lo cuantitativo, lo cuantificable y una metodología reduccionista que estudia los fenómenos descomponiéndolos en partes.

La ciencia recibió con entusiasmo el mecanicismo y el materialismo: si lo que podemos investigar es el mundo material a él nos limitaremos. Lo que ocurre es que el binomio ciencia-materialismo ha dado tan buenos frutos que se ha acabado aceptando que los límites de lo que puede investigar la ciencia son los límites de la realidad y por tanto no hay sitio ni para lo sobrenatural ni para el

alma. Pero eso sería como afirmar que el bosque termina donde llega mi vista, pues si la razón y la percepción humanas tienen sus límites también los tendrá la ciencia, de modo que no se pueden confundir los criterios de verdad de la ciencia con los límites de la realidad.

Creer en el alma es aceptar que somos algo más que materia y energía, es creer en lo sobrenatural, y la ciencia nos ha acostumbrado a meter el dedo en la llaga y solo aceptar lo que podemos cuantificar, a explicarlo todo según los procedimientos de la ciencia natural. Sin embargo, corren nuevos tiempos y, en mi opinión, la ciencia actual está cambiando sus propios esquemas y casi nos invita a cambiar la manera de entender la realidad, o al menos a que ampliemos muy mucho lo que siempre se ha entendido por natural.

Qué gratificante y filosófico puede ser quedarse mirando al firmamento en la quietud de una noche estrellada con una copa de vino en la mano y ser conscientes de nuestra pequeñez, pero antes no se sabía que en realidad el suelo que pisamos se mueve a una velocidad extraordinaria, ni que esa pequeñez era tan inimaginablemente insignificante. No menos intrigante es saber que tocar no consiste en reducir a cero la distancia entre nuestro dedo y la copa de vino, sino en enfrentar campos electromagnéticos. Lo que para nuestro ojo humano está lleno es casi todo vacío, un átomo es como una naranja en el centro de una plaza de toros y diminutos electrones dando vueltas alrededor de las gradas, y si elimináramos esta distancia hay quien dice que podríamos meter en un dedal cuatro barcos como el Titanic con su banda de música incluida.

La física cuántica ha desvelado muchos enigmas pero a costa de poner sobre la mesa verdaderos misterios. Del

átomo para afuera todo se rige por los principios de la mecánica, la termodinámica, el electromagnetismo, la dinámica de fluidos, etc. Sin embargo, el desarrollo experimental del mundo cuántico empezó a desvelar que dentro del átomo ocurren cosas muy extrañas y contraintuitivas a la luz de la física clásica: coherencia cuántica, superposición cuántica, indeterminación cuántica o causalidad no local. Dicho con otras palabras, en el país de las maravillas una misma cosa puede tener masa o puede ser solo vibración, puede estar en varios sitios a la vez, puede comunicarse inmediatamente o comportarse coherentemente con otras cosas a largas distancias, incluso los hechos se manifiestan distintamente dependiendo de si alguien los observa o no. En definitiva, que ahora, menos que nunca, podemos definir con claridad qué es la materia. Ni siquiera el tiempo es ya lo que ha sido siempre, ahora se llama espacio-tiempo, pero lo que consiguió Einstein con la teoría de la relatividad no fue solo desvelar un enigma sino poner al descubierto otro aún más impenetrable.

Sinceramente, tengo la impresión de que después de varios siglos de empirismo, de hechos comprobables, cuantificables y de que sea la ciencia la que cuente la historia del ser humano, se están poniendo las bases para contar una historia complementaria en la que tenga sitio definitivamente el alma humana. Pero es la propia ciencia la que nos invita a ello, y no solo porque los enigmas del universo o las profundidades de la materia desafíen nuestra imaginación, sino también, y sobre todo, porque gracias a ella sabemos que cosas que antes eran de lo más normal y corriente ahora nos hemos dado cuenta de que en realidad son extraordinarias y no es nada fácil explicarlas en términos meramente naturales, y entre ellas precisa-

mente aquellas que para comprenderlas siempre se tuvo en cuenta al alma: la vida y la conciencia humana.

Desde el punto de vista filosófico la creencia en el alma admite en principio un tratamiento científico, o al menos permite un debate en diálogo con la ciencia. Pero filosofías hay muchas y para decir algo interesante sobre el alma no valdría aquella que quiere mirarse en el espejo de la ciencia, una filosofía donde prima la rigurosidad, la exactitud y no se pasa al siguiente párrafo hasta que el anterior no esté debidamente demostrado y justificado. Así nos podríamos pasar la vida apretando mucho pero abarcando muy poco, y las preguntas fundamentales, esas que la gente espera que contesten los filósofos, quedan como asuntos imposibles. Por ese camino se llegará a admitir solo como válida la experiencia sensible y se procurará evitar cualquier intromisión de la subjetividad, como si fuese la fuente de todos los errores. Una filosofía sobre el alma que quiera ser eficaz no puede limitarse a los datos empíricos de la experiencia externa, sino que tiene que privilegiar la experiencia interna.

El debate filosófico sobre el alma en buena medida se traduce hoy al de mente-cerebro e inevitablemente sigue el ritmo que marcan los neurocientíficos y lógicamente ponen el acento en los datos objetivos de la experiencia externa y a ella subordinan la interna, pero en realidad, como saben los filósofos, la experiencia externa no es experiencia hasta que no se convierte en experiencia interna. Una filosofía sobre el alma tiene que poner el acento en la experiencia mental, cada uno en la suya; quiero mostrarle al lector que donde tenemos que encontrar el alma es en nuestra conciencia o en nuestros sentimientos, y para eso es preciso liberarse del corsé del empirismo y confiar en la experiencia interna.

Pero tampoco nos valdría una filosofía que sea pura metafísica, pues suele abarcar mucho pero apretar muy poco, ya que siendo su objeto la naturaleza, estructura, componentes y principios fundamentales de la realidad no puede recurrir a la experiencia ordinaria ni depende de ella, pues trata sobre los propios fundamentos de la experiencia científica, humana o divina. Además, se trata de una disciplina donde el filósofo las más de las veces vuela tan alto y utiliza un lenguaje tan especializado que impide comunicar su saber; pues bien, sin quitarle mérito, no es esa la metafísica sobre el alma que puede interesar al lector, sino aquella que pueda comprender y que aterrice en la experiencia.

Tampoco el debate filosófico sobre el alma puede empezar de cero; y necesariamente tiene que dialogar con la religión, especialmente con la cristiana, ya que es donde el discurso sobre el alma encuentra sentido en nuestro mundo occidental, y cuando es así, o es para declararse en contra de ella o corre el riesgo de que la denuncien por ponerse al servicio de la teología, un pecado que no se le perdona porque la obliga a renunciar al espíritu autocrítico que la caracteriza. Pues bien, aunque tratemos temas eminentemente religiosos, usemos los mismos conceptos y le demos significados parecidos, mi propósito es hablar de la existencia del alma sin necesidad de que el lector tenga que aceptar ningún doctrinario.

Poco interesante sería escribir un libro negando la existencia de algo, pero menos aun defendiendo lo indefendible. Si el alma tiene sitio en esta colección sobre conceptos fundamentales es porque todavía se puede hablar de ella, de hecho sus directores no habrían aceptado un monográfico sobre, por ejemplo, el geocentrismo, la generación espontánea, el éter o el flogisto, porque por

muy significativos que fueron y por mucha vigencia que tuvieron han quedado definitivamente obsoletos. Sin embargo, respecto del alma seguimos haciéndonos parecidas preguntas a las que se han hecho siempre, a pesar de que tenemos más y mejores medios para intentar contestarlas. En el primer capítulo pondremos en relación la creencia en el alma como principio de vida y como sujeto consciente con los conocimientos científicos actuales; en el segundo intentaremos contestar la pregunta que da título a este libro; y en los dos últimos trataremos dos asuntos sin los cuales la creencia en el alma perdería buena parte de su interés y proyección existencial: la trascendencia a la muerte y la justicia *post mortem*.

RECONOCIMIENTOS

Leyeron el manuscrito y aportaron críticas y sugerencias: Francisco Rodríguez Valls, Domingo Vilaplana, Esteban Fernández Hinojosa, Luis Fernández Navarro, Verónica Jurado y Abel Feu. Aunque buena parte de este ensayo, la más académica, se ha escrito en diálogo con Juan Arana.